

LORD ACTON: NACIONALISMO Y PODER

Lecciones para América Latina

Carroll Rios de Rodríguez
Instituto Fe y Libertad
crios@feylibertad.org

***Resumen.** En el pensamiento de Lord Acton, tanto las ideas nacionalistas como el método democrático de gobierno pueden atropellar la libertad de las personas. El nacionalismo puede ser una idea colectivista que conduce a la centralización del poder, incluso en regímenes democráticos. También puede adquirir matices religiosos. Su ensayo *Nacionalidad* (1862) adquiere relevancia para interpretar las corrientes populistas y nacionalistas en la América Latina contemporánea.*

El populismo nacionalista tiñe la práctica democrática en América Latina. Por ejemplo, Hugo Chávez –para legitimar su socialismo del siglo XXI– se sirvió de la figura de Simón Bolívar, un prócer de la independencia y símbolo nacionalista.¹ Chávez sostuvo que su revolución trazaría un camino propio, único, para sacar adelante el país (Hurtado, 2015). Evo Morales, a su vez, identifica para Bolivia una transformación revolucionaria que descansa sobre el «nacionalismo estadista y multiculturalismo indigenista» (Mayorga, 2006). «América Latina ofrece sin duda los rasgos más acabados de un nacional-populismo», sentencia el politólogo francés Guy Hermet (1999). Agrega el francés que dicha tendencia se acentúa conforme se hace «inevitable» la vía democrática para acceder al poder.

¹ Simón Bolívar (1783-1830), El Libertador, dirigió los movimientos de liberación contra la corona española y fue presidente de Gran Colombia y Perú. Fue un hombre culto, lector de Locke y Hobbes, entre otros; difícilmente hubiera avalado el socialismo populista de Chávez.



Los académicos prestan atención a los efectos negativos del populismo. Los líderes populistas y neopopulistas tienden a modificar las reglas del juego, empezando por redactar nuevas constituciones aspiracionales y desarrolladas, a fin de permanecer en el poder. Los referendos, consultas y elecciones, celebrados con frecuencia, ofrecen una fachada democrática para un liderazgo autoritario, pues realmente no constituyen ejercicios abiertos a la competencia (Dix, 1985; Kaiser, 2018). El populismo, por tanto, mina las bases de la democracia en América Latina y la desprestigia.

El discurso nacionalista empleado por estos líderes se relega a un segundo plano o se ignora del todo. Una posible explicación a la indiferencia generalizada hacia el nacionalismo puede ser la ubicuidad de la Nación-Estado en el escenario internacional. Es difícil imaginar un mundo sin países o naciones. La mayoría de las personas alrededor del mundo porta un pasaporte, celebra actos cívicos y memoriza símbolos patrios desde temprana edad. «Pertenece» a un país, o «tenemos» nacionalidad. La nacionalidad se reconoce como un elemento que crea tanto comunidad como división: los guatemaltecos se distinguen de los hondureños y los salvadoreños en puntuales expresiones lingüísticas y tradiciones culturales, a pesar de compartir una historia y herencia.

Esta indiferencia hacia los matices nacionalistas del populismo contrasta con las advertencias hechas por el historiador inglés, Lord John Emercih Edward Dalberg-Acton, en «Nacionalidad», un ensayo publicado en julio de 1862 por *The Home and Foreign Review*, mucho antes del auge del populismo nacionalista latinoamericano en el siglo XXI. Su rechazo feroz al nacionalismo iliberal nace de su pasión por la libertad y de su cristianismo.

Nación, nacionalismo y ciudadanía

Los politólogos distinguen nación de Estado, siendo la primera un conglomerado de personas unidos por una historia, lengua, religión o una narrativa histórica, y la segunda a un territorio circunscrito por una estructura de poder político. Existen estados que incluyen varias naciones, y naciones que trascienden las fronteras políticas de un país. También existen naciones sin estado, como por ejemplo los kurdos y los roma (Eagles y Johnson, 1999, p. 24). Con frecuencia consideramos legítimo aquel poder político que recoge la voluntad nacional y soberana, sobre todo en regímenes democráticos. Un estudiante escolar promedio

responderá casi automáticamente que la decisión sobre las reglas políticas y los gobernantes de turno compete a los gobernados. Pero la adhesión del gobernado a la autoridad política, según esta línea de pensamiento, viene dada por la identificación de todos, gobernados y gobernantes, como miembros de una misma comunidad sociocultural.

Jean-Jacques Rousseau fue uno de los autores responsables por promover la idea del nacionalismo cívico en Occidente. A principios de los años 1770, unos habitantes de Córcega y de Polonia pidieron ayuda a Rousseau para desarrollar un proyecto político para sus respectivas sociedades. Córcega y Polonia debían resistir los intentos de conquista por parte de poderes foráneos. Rousseau planteó la necesidad de desarrollar un sentido de unidad entre los habitantes de cada uno de los territorios para lograr este objetivo. Rousseau creía firmemente que la requerida unidad podía ser inculcada en las personas, que se podría moldear «las mentes y los corazones según un patrón nacional que los distinga de otros pueblos» (Qvortrup, 2012). Los juegos de niños y otras prácticas triviales podían resultar atractivas a «hombres superficiales», escribió Rousseau. De esta forma, «bajo el nacionalismo, el estado no posee meramente el monopolio de la violencia legítima, sino también la acreditación de cualificaciones educativas» (Qvortrup, 2012). Con el tiempo, ciudadanía y nacionalidad se fueron convirtiendo en términos coloquialmente considerados como sinónimos.

La visión rousseauniana perduró. Ernst Gellner, autor del emblemático *Nations and Nationalism* (1983), definió nacionalismo como «esencialmente un principio político que sostiene que la unidad política y nacional debieran ser congruentes» (Gellner, 1983, p. 1). Gellner (1983, p. 57) desarrolla su criterio:

El engaño y autoengaño básico practicado por el nacionalismo es este: el nacionalismo es, esencialmente, la imposición general de una alta cultura en la sociedad, donde previamente las inferiores culturas habían dominado la vidas de la mayoría, y en algunos casos de la totalidad, de la población. Implica la difusión generalizada de un idioma mediado por las escuelas y supervisado por las academias, codificado de acuerdo a los requisitos razonables y precisos de una comunicación burocrática y tecnológica. Es el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, con individuos atomizados que son mutuamente sustituibles, integrados sobre todo por una cultura compartida de este tipo, en lugar de por la previa estructura compleja de grupos locales,

que se sostenía sobre la base de culturas folklóricas reproducidas localmente e idiosincrásicamente por los mismos microgrupos. Esto es lo que *realmente* ocurre.

El nacionalismo según Mazzini

El político y periodista genovés, Giuseppe Mazzini (1805-1872), gozó de fama en vida, no solo en Italia sino alrededor de Europa. Alexander Herzen, un amigo ruso de Mazzini, afirmó que él era «la estrella emergente de las revoluciones democráticas de 1848» (Recchia y Urbinati, 2009, p. 1). Inspirado, como otros intelectuales de su época, por el canto a la igualdad, la fraternidad y la libertad de la revolución francesa, promovió la reunificación de Italia, la creación del estado-nación, el republicanismo y la democracia. Y es que, como nos recuerda Kohn (1955, p. 25), al principio del período revolucionario «en Francia, el sentimiento de unión y fraternidad nacional fue espontáneo. Se expresó genuinamente en la fiesta de la federación celebrada por primera vez el 14 de julio de 1790...».

De joven, Mazzini se afilió a una organización secreta masona, la sociedad de los Carbonari, que estuvo activa principalmente entre 1800 y 1831. Tras la derrota de Napoleón en 1815, el imperio austríaco ejerció dominio sobre el territorio italiano, restableció los gobiernos regionales independientes y prohibió la masonería. Por su activismo revolucionario en contra del gobierno prusiano, Mazzini fue encarcelado brevemente en 1830. Allí tramó la fundación de Italia Joven, otra sociedad revolucionaria secreta, para promover la reunificación de Italia. Desde el extranjero, lideró varios intentos fallidos de revuelta armada. «Él pasó la mayor parte del resto de su vida en el exilio, y, de 1837 en adelante, Londres se convirtió en su hogar por elección. En Londres continuó publicando asiduamente, al tiempo que intentó coordinar lo que concebía como una emergente lucha paneuropea en contra de la dominación imperial de los Habsburgos, los Romanovs y los Otomanes sobre Italia, Europa central y los Balcanes» (Recchia y Urbinati, 2009, p. 4).

Escribe Kohn que «el pensamiento de Mazzini era típico del nacionalismo de su época. Se convirtió en un incansable apóstol del pensamiento y la acción nacionalistas, llevada a cabo por jóvenes educados en el espíritu correcto...Mazzini creía en la camaradería

fundamental de todos los movimientos nacionalistas jóvenes...» (1955, p. 40-41).

Mazzini es considerado un liberal, como Acton, pero en su ensayo *Los deberes del hombre* (1858), el activista italiano con frecuencia emplea un tono colectivista.

Sin país, [los individuos] no tienen nombre..., voz, derechos...son bastardos de la Humanidad...Al trabajar por los verdaderos principios de nuestra Nación estamos trabajando por la Humanidad; nuestra Nación es el eje de la palanca, la cual debemos agitar por el bien común..

Una nación, prosigue el activista, es una asociación de personas hermanadas: «Su Nación es una e indivisible... es una muestra de la misión que Dios les dio para realizar en la Humanidad... debería ser su Templo...» (Mazzini, 1858). Toma a la nación, no a la persona, como unidad indivisible.

Aclara Mazzini que el individuo tiene derecho a la libertad personal y contractual, así como la libertad de locomoción, religión y opinión, y que estas libertades toman precedente sobre la soberanía popular (Recchia y Urbinati, 2009, p. 8). No obstante, opina que el lenguaje de los derechos individuales no basta para la movilización revolucionaria, la cual requiere de un aliciente colectivo: «Mazzini pensó que la nueva era sería una de propósitos colectivos, marcada por la primacía del deber y varias formas de asociación» (Recchia y Urbinati, 2009, p. 9). De hecho, ve en el nacionalismo un remedio para el «egoísmo del interés propio» (Mazzini, 1858).

Cada *pueblo* deberá imaginar su propio nacionalismo, así como su *ethos* de libertad y del deber patriótico. En *La superioridad del gobierno representativo* (1832), Mazzini escribió que «solamente la nación posee el derecho inviolable para elegir sus propias instituciones, corregirlas, y cambiarlas cuando ya no se corresponden a sus necesidades...» (Recchia y Urbinati, 2009, p. 25).

La igualdad y la democracia debían emanar de la nación, según Mazzini. En tanto persistieran las diferencias de clase y casta, no podría establecerse una ley uniforme y general, argumentó, junto con Rousseau: «la concepción de Mazzini de la nación es por tanto inherentemente democrática, y resalta como diametralmente opuesta al principio aristocrático» (Recchia y Urbinati, 2009, p. 12). O, en palabras de Kohn (1955, p. 42), los Europeos Jóvenes «era[n] nacionalistas y demócratas. Se dieron cuenta [de] que el

despertar de los nacionalismos exigía una participación activa de las personas».

Como Rousseau, Mazzini cree que el nacionalismo se inventa y se enseña. Es una herramienta para la movilización popular y para la revolución. Es un ideal inspirador por el cual los jóvenes europeos estarían dispuestos a dar la vida. Es la goma, en la línea del pensamiento de Gellner, que facilita a los gobiernos el control de una población unida espiritual y físicamente por su nacionalidad compartida.

Lord Acton: el nacionalismo como fin en sí mismo

En «Nacionalidad», Lord John Emerich Edward Dalberg-Acton enumera tres teorías que considera peligrosas, debido a sus matices colectivistas: la igualdad, el comunismo y la nacionalidad (o el nacionalismo). Identifica cada una con un pensador: Jean Jacques Rousseau, François-Noël Babeuf, y Giuseppe Mazzini, respectivamente (Acton, 1998, p. 336). Pese al papel que jugó Rousseau en definir el concepto del nacionalismo y darle alas, Lord Acton sostiene que fue Mazzini quién transformó la teoría del nacionalismo, que no pasaba de ser una «aspiración indefinida», en «la piedra angular de un sistema político» (Acton, 1998, p. 348). En comparación con la doctrina de la igualdad y del comunismo, opina Acton, el nacionalismo es «la más reciente en su aparición, la más atractiva en nuestro tiempo y la más rica en promesas para el poder en el futuro» (Acton, 1998, p. 336).

Acton observa que el nacionalismo fue, para Mazzini, una estrategia para rescatar al moribundo carbonarismo. Los Carbonari no comenzaron siendo un movimiento nacionalista, observa Acton. Además de este movimiento italiano, se suscitaron en Europa durante estos años varias luchas por el poder político, y gradualmente los distintos bandos comenzaron a esgrimir argumentos de índole nacionalista, hasta que se llegó un momento en que:

...el lema simplemente era que las naciones no deberían ser gobernadas por extranjeros. El poder obtenido legítimamente y ejercido con moderación ya no fue considerado válido. Los derechos nacionales, como la religión, habían tomado parte en las combinaciones previas y habían colaborado en las luchas por la libertad, pero ahora la nacionalidad se convirtió en una exigencia suprema que iba a afirmarse solamente por sí misma, y que podía enarbolar como pretextos los derechos de

los gobernantes, las libertades del pueblo, el bien de la religión, pero que, si no se pudiera conseguir tal unión, iba a prevalecer a expensas de cualquier otra de las causas por las que se sacrifican las naciones. (Acton, 1998, p. 347)

El nacionalismo se convirtió en un fin en sí mismo, una *exigencia suprema* que posibilita el ejercicio del poder sin moderación, protesta Acton en el párrafo anterior. No hay garantías que los nacionalistas cobren el poder utilizando medios moderados. Los gobernantes nacionales no son siempre más capaces, más mesurados, más sabios, o menos despóticos que los gobernantes extranjeros. Acton acepta la nacionalidad como una realidad –las personas efectivamente pueden sentirse parte de una comunidad– pero intuye que el nacionalismo no siempre servirá la causa de la libertad. Dicho sentido de pertenencia no debe ser el único ni el máximo criterio para cimentar el poder. La absolutización del fervor patrio, en los escritos de Mazzini, tiende a *provocar* conflictos entre y dentro de los pueblos, conflictos hasta cierto punto artificiales. Los gobernantes, ávidos de poder, no se inhibirán de utilizar el nacionalismo como un útil grito de guerra, para alcanzar fines que pudieran o no ajustarse al mejor interés de los gobernados. Adicionalmente, las autoridades tendrán un incentivo para inculcar en la población una educación cívica nacionalista que amplíe sus poderes y adormezca a la ciudadanía. Es una excusa o una herramienta para absolutizar el poder político. En otras palabras, Acton se anticipa 121 años a Gellner, cuando intuye que la teoría nacional es, o puede convertirse en, una construcción artificial que cercene la libertad.

Heredamos de Francia esta perniciosa combinación de teoría nacional con el espíritu revolucionario y el absolutismo, aduce Acton. Tal nacionalidad «está fundada en la perpetua supremacía de la voluntad colectiva...es una unidad ideal fundada en la raza». Es decir, descarta la tradición y las normas ancestrales, y yergue a la raza como elemento vinculante. México es el ejemplo que aporta Acton de un país donde las demandas nacionales se fundan peligrosamente en la raza y no en la tradición política (Acton, p. 350 y 357). Quizás erradamente, Acton sostiene que el proyecto nacional mexicano es deficiente, porque México es un país sin industria, sin clase media, sin civilización y sin un sentido de espíritu público. (Massey, 1969) Pero más a fondo, Acton intuye

que cuando privan criterios colectivistas como la raza, se ignoran los derechos y las preferencias divergentes de los individuos.

La centralización del poder, incluso cuando se utilizan instrumentos democráticos, es rechazada por Acton. Lang (2002) observa que al cuestionar el nacionalismo italiano al que contribuyó Mazzini, Acton reacciona a los cambios que prevé comportará la reunificación de Italia. Unificar el territorio bajo un único gobierno central poderoso desplaza a gobiernos regionales, considerados legítimos por Acton. La Iglesia católica podría perder territorio e independencia. «Los eventos en Italia lo inquietaban bastante y previeron el contexto dentro del cual desarrolló muchas de sus ideas clave», subraya Lang (2002, p. 132).

Acton observa que la «teoría nacional» entra en contradicción con dos ideas fundamentales respecto de la sociedad libre: primero, que «ciertos principios generales de gobierno [son] absolutamente correctos en todos los Estados», y segundo, que el derecho a la libertad individual toma precedente. (1998, p. 343) Acton concibe la historia de la humanidad como una progresiva lucha por ganar espacios de libertad para la persona, de cara al poder arbitrario. Entiende que la competencia entre distintos centros efectivamente limita al poder: ya sea entre distintas jurisdicciones políticas, o cuando chocan el poder político con el poder eclesiástico, por ejemplo. Mazzini plantea una tensión inevitable entre la primacía del derecho individual y el colectivismo nacionalista. Su anhelo de unificar a Italia bajo un gobierno nacional centralizado, y de eliminar las capas intermedias de poder, allana el camino a un gobierno encumbrado e indiferente a la libertad individual. Como discernió Acton, los elementos colectivistas del nacionalismo que dibujan Rousseau y Mazzini, atropellan a la persona. El nacionalismo colectivista exige al líder priorizar el «interés nacional», tal y como lo entiende el líder, sobre los intereses particulares y diversos de los miembros de la nación. En aras de alcanzar la independencia nacional, los mismos exponentes liberales están dispuestos a sacrificar la libertad individual, se lamenta Acton (Lang, p. 132).

El nacionalismo como religión

Un error aún más grave, desde la perspectiva de Lord Acton, es convertir en «templo» a la nación. Dicha expresión de Mazzini eleva al nacionalismo al estatus de religión secular. Hayes (1926) considera que la deificación del nacionalismo empieza a tomar

fuerza tras la Revolución francesa. El fervor revolucionario se revistió de una religiosidad romántica y emotiva. El dios de la religión nacionalista puede ser algo concreto, como el gobierno, o algo más abstracto, como la patria. El endiosamiento de los poderes terrenales, obviamente, sirven ante todo a los intereses de los gobernantes.

Peor aún, los esfuerzos por inculcar un sentido nacionalista en las personas a través de la educación estatal implican la intención de alterar las inclinaciones naturales del hombre. *Va contra natura* y contra el proyecto divino para la persona. Los intentos por reformar o corregir los defectos de la humanidad, observa Acton, «divisando un estado imaginario», siempre obedecen al interés del filósofo o ingeniero social, y todo modelo inventado por el hombre palidece frente a la complejidad del mundo real. Ese fue el caso de las utopías diseñadas Platón, Moro y Campanella, aduce Acton (1998, p. 333).

Acton, cuidadoso lector de Edmund Burke, compartió la desconfianza expresada por Burke respecto de los efectos del racionalismo y cientificismo en el plano religioso. A Burke le preocupa que el secularismo promovido por los intelectuales franceses revolucionarios no tenía ancla –ni en la naturaleza humana, ni en la providencia–. «La admiración de Burke por la religión tenía dos vertientes: la veía como un instinto natural y recomendable sembrado por Dios en el hombre, así como la goma que brinda cohesión al tejido social por medio de una obediencia compartida a la autoridad» (Perry, traducción mía).

Tal y como advirtió Burke, en los años postrevolucionarios se pretendió reemplazar al cristianismo con religiones políticas. La religión secular de Auguste Comte (1798-1857) es quizás la más conocida. A mediados de los 1800, Comte, en colaboración con John Stuart Mill, diseñó su «religión de la humanidad» para una sociedad futura que él concebía como eminentemente racionalista y científica. La religión de Comte idealizaba a la humanidad (*Nouveau Grand-Être Suprême*) y exaltaba los valores del orden, el progreso y el altruismo. Seguramente Acton percibió estos esfuerzos por diseñar religiones políticas con recelo, no solo porque creía que la religión verdadera era el catolicismo, sino también porque la mayoría de las religiones seculares tiene claros matices antiliberales. Tendrían un propósito expreso u oculto de apaciguar o someter a los ciudadanos, a quienes se les impondría el credo político.

El cristianismo, en contraste, hace contrapeso al poder de los gobernantes y es contrario al nacionalismo. Lord Acton afirma que «[f]ue misión de la Iglesia superar las diferencias nacionales». En el mundo antiguo, la idolatría pagana y el nacionalismo iban de la mano, pero «la cristiandad se complace con la mezcla de razas..., porque la verdad es universal...» (1998, p. 353). Dios está por encima de los poderes políticos terrenales y les impone límites. Lang (2002, p. 140) considera que Acton se aferra a una visión casi medieval de una Europa cristiana, unida y pacificada por la religión, situación que sería resultado de un papado políticamente independiente.

La convicción cristiana, y nada más, obliga a las autoridades a respetar la esfera de libertad personal, pues deriva de la condición de cada ser humano como digno hijo de Dios, sin importar dónde nació y cuáles son sus rasgos étnicos y culturales. Enmarcado por los principios de la religión cristiana, el poder político puede crear las condiciones óptimas para el florecimiento humano. En otras palabras, Lord Acton considera la lucha por la libertad personal como una bandera del cristianismo para toda la humanidad, frente a cualquier intento totalitario por reprimir a la persona en general, indistintamente de su nacionalidad. Al crear divisiones artificiales, el nacionalismo niega la universalidad de la condición humana.

Nacionalismo y revolución

Lord Acton se distinguió de su mentor intelectual, Edmund Burke, porque con el paso del tiempo se mostró más favorable a la revolución, mientras Burke también cambió de opinión, pero desconfiando cada vez más de los cambios violentos. Ambos vieron con preocupación que la Revolución francesa desechara tradiciones valiosas e instaurara un orden represivo. Los errores de los revolucionarios franceses habían dificultado el avance de los proyectos liberales en Europa, pensaba Acton (Lang, p. 134). Pero Acton alabó las revoluciones americanas, la revolución puritana y la revolución gloriosa de Inglaterra de 1688-9. En *Lord Acton on revolution*, Russell Kirk (1994) afirma que, después de 1889, años después de que escribiera *Nacionalidad*, el historiador inglés se volvió más proclive a favorecer las revoluciones. Kirk estima que su pensamiento evolucionó por la posibilidad de que «todas las revoluciones contra la autoridad establecida y complaciente conducirían, por lo menos en el largo plazo, hacia mayores grados de

libertad genuina para todas las personas» (Kirk, 1994, traducción mía). Acton interpretó la reticencia de Burke como una especie de romanticismo o una nostalgia (Deane, 1972).

En 1906, Acton escribió lo siguiente en *Lecciones sobre la historia moderna*:

La pasión por ejercer poder sobre otros nunca dejará de amenazar a la humanidad, y seguramente siempre encontrará nuevos e impredecibles aliados al continuar su martirología. Por tanto, *el método del progreso moderno fue la revolución*. Mediante una serie de choques violentos, las naciones en sucesión han luchado por sacudirse el pasado, para revertir la acción del tiempo y el veredicto del éxito, y para rescatar al mundo del reino de la muerte. Estos se han debido menos a la provocación por el mal latente que por la atracción del bien ideal, y las metas que les inspiraron eran universales y desprendidas. (Acton, 1906 p. 30, traducción mía)

No obstante, a ningún historiador católico puede agradarle el exceso de fuerza o violencia, o la pérdida de vidas humanas que conlleva un conflicto revolucionario. Y menos cuando la violencia persigue fines perversos. La conjunción de la revolución con la teoría de nacionalidad es peligrosa, advierte Acton. Empezar una batalla para avanzar el ideal colectivista del nacionalismo iliberal constituye un retraso. Hasta el socialismo, una doctrina que considera errada y fallida, constituye una motivación preferible que el nacionalismo por cuanto el socialismo al menos pretende aliviar la pobreza real, mientras que el nacionalismo es una fantasía irreal (Acton, p. 360-361).

Por otra parte, Acton aborrece no solo los ideales del nacionalista Mazzini, sino sus métodos. En una carta de 1882, dirigida a su maestro y amigo Ignaz von Döllinger, Acton lamenta el clima de permisividad y tolerancia hacia el asesinato. A «más de la mitad del mundo educado» le causa poco horror el homicidio, pues admiran a figuras como Mazzini, se queja Acton en la misiva (Acton, 1988, p. 669). Mazzini era, en ojos de Acton, un conspirador y un criminal.

Nacionalismo y democracia

¿En qué tipo de régimen político debía culminar una revolución liberal, en ojos de Acton? ¿Favorecía Lord Acton la democracia? La apoyaba con reservas: «La democracia, como la monarquía, es beneficiosa dentro de ciertos límites y fatal cuando es excesiva...

es la amiga más verdadera de la libertad o si más implacable enemigo»² (Neilsen, 1949, p. 215). El historiador inglés previó que varias formas de organización política, incluidas la democracia, el socialismo, la tiranía de la mayoría y el gobierno centralizado constituían amenazas a la libertad personal (Galles, 2002).

Acton comparó la democracia ateniense con otras materializaciones de la democracia en Occidente, y encontró debilidades en varias encarnaciones. Consideró que el éxito de la democracia dependía de sus cimientos en la tradición y la ley, y de sus candados al abuso del poder. Aunque Thomas Jefferson abogó por una democracia más amplia, a juicio de Acton la revolución americana constituyó una reacción en contra de la democracia y a favor de las tradiciones republicanas inglesas (Kirk, 1994).

La libertad es mejor preservada cuando las unidades políticas locales se gobiernan a si mismas, como por ejemplo bajo un sistema federalista y democrático. El nacionalismo tiene raíces autoritarias y centralistas, explica Acton, y por tanto no tiende hacia sistemas plurales basados en la tradición (Acton, 1998).

Un enfoque aceptable de nacionalidad

Según Lord Acton, hay «dos maneras» de entender la nacionalidad: «Estos dos puntos de vista de nacionalidad, que corresponden a los sistemas francés e inglés, están conectados solamente por el nombre, y son en realidad los extremos opuestos del pensamiento político» (Acton, p. 349-50). La tabla a continuación resume su análisis.

Características del...	Teoría iliberal	Teoría liberal
Poder político	Centralización	Descentralización
	Colectivista	Derechos individuales
	Criterio único	Diversidad de criterios
	Despotismo	Autogobierno

² La cita que incluye Neilsen es tomada del ensayo *Democracia en Europa*, una reseña de la obra de Sir Eskine May.

Características del...	Teoría iliberal	Teoría liberal
Orden social y cultural	Servilismo/ imposición	Múltiples asociaciones
	Definición nacional única y artificial dictada por el Estado	Coexistencia de distintas razas, religiones y nacionalidades
Derecho	Ley nacional intolerante	Respeto a la costumbre y a lo privado
	Derecho positivo	Derecho consuetudinario
Origen	Raíces francesas/ austríacas	Raíz anglosajona

En nacionalismo aceptable a Acton es propio de una compleja sociedad de personas libres; evoca los escritos de Adam Smith y Alexis De Tocqueville, e incluso la noción de policentrismo esbozada por Vincent y Elinor Ostrom décadas más tarde. Acton discierne que la diversidad social y la mezcla de razas, no solo constituyen dos fuerzas civilizadoras, sino que también reducen las oportunidades para el autoritarismo. Explica Lang (2002, p. 144) que considera los imperios multinacionales como órdenes políticos ideales, con «estados políglotas libres», plurales, autogobernados, civilizadores, y contrapeso para el gobierno central. A mayor cantidad de polos o fuentes de poder (asociaciones, iglesias, gobiernos locales, criterios culturales u otros), menos posibilidad tendrán los gobernantes de abusar arbitrariamente del poder. Siempre, el derecho debe ponderarse por encima del estado, opina Acton. «Si aceptamos que el establecimiento de la libertad para la realización deberes morales es el fin de la sociedad civil, tenemos que concluir que son sustancialmente más perfectos aquellos Estados que... incluyen varias nacionalidades distintas sin oprimirlas» (Acton, 1998, p. 359).

En 1861, escribió en la revista *Current Events* un endoso del Conde Heinrich Clam-Martinitz de Austria, amigo del emperador y líder de un grupo conservador. Acton describe al grupo como «abogados del gobierno autónomo sobre la base de la tradición histórica». Estos austríacos creían en gobiernos municipales y

regionales fuertes y representativos que pudieran proteger los derechos individuales de sus habitantes.

Según Massey (1969), el nacionalismo de Acton se cimienta en los aportes de Aristóteles y Aquino: «En Aristóteles encontró la visión según la cual la naturaleza del estado es una pluralidad. Aquino le dio un gran elemento de liberalismo político, mientras que Leibnitz le contribuyó una idea del desarrollo, particularmente la noción de que el desarrollo involucra la continuidad y el progreso. Combinando estos puntos de vista, Acton abrazó una posición patentemente individualista, creyendo firmemente que sólo [sic] el hombre individual posee derechos morales y políticos».

El multinacionalismo, o una sociedad plural, o una comunidad diversa poblada por individuos con derechos y libertades, requiere de una constitución y de un ordenamiento que impida a los gobernantes abusar de su poder (Massey, 1969). Acton temía que las naciones-estado tenderían a absolutizar el poder. «Si definimos a un “liberal” como alguien que cree en la libertad, entonces Acton se merece la etiqueta», escribe Lang (2002, p. 148), «y su crítica del estado-nación puede ser vista como un esfuerzo intelectual por defender la autonomía del individuo en contra de la emergente fuerza imparable del moderno estado democrático».

Lecciones para América Latina

¿Qué pensaría John Emerich Edward Dalberg-Acton al ver los regímenes a la vez populistas, nacionalistas y socialistas en América Latina en el siglo XX y XXI? «La teoría de la nacionalidad es más absurda y criminal que la teoría del socialismo», concluyó tajantemente en *Nacionalidad* (Acton, 1998, p. 361). En la región se conjugan ambas tendencias criminales.

Acton repudiaría la noción del populismo nacionalista que cada conglomerado nacional tiene características propias que lo diferencia críticamente de otros conglomerados y que, por tanto, deben diseñar un proyecto de gobierno centralizado original y propio. Chávez se autodesignó como el único intérprete de las necesidades exclusivas y específicas del venezolano, por ejemplo, así como el defensor de los intereses nacionales frente a las amenazas extranjeras reales e imaginarias. En el líder populista-nacionalista se concentra todo el poder. Él es el portavoz del pueblo, sin mediación. Chávez solía resolver personalmente hasta problemas locales simples. Como advirtió Acton, la libertad y los

derechos del ciudadano venezolano son repetidamente ignorados por la preponderancia del colectivo bolivariano.

Adicionalmente, los líderes populistas-nacionalistas de América Latina imbuyen su posición de simbolismos mesiánicos y religiosos. En torno al presidente de Bolivia, Evo Morales, por ejemplo, se creó la religión del «evismo». Él fue investido como «líder espiritual» del país en una ceremonia que se llevó a cabo en las ruinas de Tiwanaku, tras la cual se proclamó que el presidente representaba «la unidad del poder temporal y extramundano» (Mayorga, 2009).

Como bien previó Acton, el populismo-nacionalista tiende a ser despótico. Acton previó que la democracia podía ser despótica, y hoy es el mecanismo para acceder el poder porque es prácticamente imposible hacer la revolución. Los populistas participan en concursos electorales democráticos, pero una vez asumen el poder, modifican las reglas del juego para gobernar de forma autoritaria y hasta represiva sin abandonar el discurso favorable a la democracia.

La democracia se convierte en un canto de sirenas, y hasta una religión, más que en una práctica que frena los impulsos autoritarios. Ni Comte, ni otros revolucionarios franceses, imaginaron el auge que cobrarían las religiones seculares y políticas en la civilización Occidental, tal y como señalan autores de la talla de Christopher Dawson y Remi Brague. Mazzini y Acton seguramente no conocieron a muchos sujetos que reverenciaban religiosamente la democracia. Resume Dawson: «La democracia basa su apoyo en la santidad del Pueblo –consagra a la Gente; el socialismo en la santidad del Obrero –consagra al Trabajo; el nacionalismo en la santidad de la Madre Tierra –consagra el Lugar. Estos conceptos aún evocan valores o sanciones de religiosidad trascendente. Es la emoción religiosa divorciada de la creencia religiosa» (1934).

En conclusión, el llamado de atención de Lord Acton sigue siendo importante: el discurso nacionalista puede servir los intereses de los líderes con vocación autoritaria, aunque estos empleen un lenguaje democrático. Constituye un peligro sostener que existe tal cosa como un proyecto de nación exclusivamente ecuatoriano, o paraguayo, o guatemalteco, pues obnubilamos lo que todas las personas tenemos en común, y despreciamos la sabiduría cosechada por la humanidad a lo largo de la historia respecto de las mejores prácticas de gobierno. El nacionalismo constituye una construcción artificial que, al colectivizar a las masas, aplasta al individuo y menosprecia su libertad.

Referencias

- Acton, Lord John Emerich Edward Dalberg (1906), *Lectures on modern history*, editadas por John Neville Figgis, publicadas por Liberty Fund Online Library y recuperadas de <https://oll.libertyfund.org/titles/acton-lectures-on-modern-history>
- Acton, Lord John Emerich Edward Dalberg (1985), *Essays in Religion, Politics, and Morality*, editado por Fears, J. Rufus. Liberty Fund.
- Acton, Lord John Emerich Edward Dalberg (1998), *Ensayos sobre la libertad y el poder*, traducidos por Nuez, Paloma de la. Promolibro. De este texto se extrajeron las citas del ensayo «Nacionalidad».
- Biografías y vidas, *Giuseppe Mazzini*. Recuperado de <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/m/mazzini.htm>
- Dawson, Christopher (1934), cita tomada de «Prevision in Religion» y contenida en el blog Christopher Dawson, Historian of Religion and Culture, creado por Thomas Yonan y recuperada de <https://christopher-dawson.blogspot.com>. Traducción mía.
- Deane, Seamus F. (abril-junio 1972), «Lord Acton and Edmund Burke», *Journal of the History of Ideas*, Vol. 33, N.º 2, pp. 325-335
- Dix, Robert H. (1985), «Populism: Authoritarian and Democratic», *Latin American Research Review*, Vol. 20, N.º 2.
- Galles, Gary (mayo 11, 2002), «Lord Acton on Liberty and Government», *Mises Daily Articles*, Mises Institute, recuperado de <https://mises.org/library/lord-acton-liberty-and-government>
- Gellner, Ernest (1983), *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- Hayes, Carlton J.H. (1926), «Nationalism as Religion», ensayo recuperado de [panarchy.org](https://www.panarchy.org/hayes/nationalism.html), <https://www.panarchy.org/hayes/nationalism.html>
- Hermet, Guy (1999), «Populismo y nacionalismo», *Araucaria* Vol. 1, N.º 2, CERI Francia,
- http://institucional.us.es/revistas/Araucaria/A%C3%B1o%201_n%C2%BA2/Cap%203%20Populismo%20y%20nacionalismo.pdf
- Hewett, Caspar (2008), «Auguste Comte—High Priest of Positivism», *The Great Debate*, recuperado electrónicamente de <http://www.thegreat-debate.org.uk/Comte1.html>

- Kaiser, Axel (2018), «From Illiberalism to Populism, the Ideological Causes of the Latin American Failure», capítulo 12 en *Democracy under Threat*, editado por Surendra Munshi
- Kirk, Russell (1994), «Lord Acton on Revolution», *Occasional Papers* de Acton Institute, publicada electrónicamente en <http://adasboro.tripod.com/actonkir.htm>.
- Koh, Hans (1955), *Nationalism, its Meaning and History*. D. Van Nostrand Company, Inc.
- Lang, Timothy (enero 2002), «The insanity of nationality», *Journal of the History of Ideas*, Vol. 63, N.º 1, pp. 129-149.
- Massey, Hector J. (octubre 1969), «Lord Acton's Theory of Nationality», *The Review of Politics*, Vol. 31, N.º 4, pp. 495-508
- Mayorga, Fernando (noviembre-diciembre, 2006), «El gobierno de Evo Morales: entre nacionalismo e indigenismo», *Nueva Sociedad*, Infolatam, https://nuso.org/media/articles/downloads/3390_1.pdf
- Mazzini, Giuseppe (1844-58), *The Duties of Man*. Recuperado electrónicamente en <http://people.umass.edu/hist101/Mazzini%20Duties%20of%20Man.pdf>
- Narrador desconocido, «Giuseppe Mazzini and the Religion of Nationalism», podcast subido a You Tube por Kali Tribune el 19 de agosto, 2016, recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=HHVKz2C3s8U>
- Neilson, Francis (abril, 1949), «Lord Acton, a Great European (Part I)», *The American Journal of Economics and Sociology*, Vol. 8, N.º 3, pp. 209-221
- Perry, Mark M. (2011), «Burke, God, and the French Revolution», recuperado de <https://markmperry.wordpress.com/2011/06/21/burke-god-and-the-french-revolution/>
- Qvortrup, Mads (diciembre, 2003), «A civic profession of faith: Rousseau's and nationalism», en *The Political Philosophy of Jean-Jacques Rousseau*, Reino Unido: Manchester University Press. Recuperado electrónicamente en <https://www.manchesteropenhive.com/downloadpdf/.../9781526137845.00010.xml>
- Recchia, Stefano y Urbinati, Nadia, editores (2009), *A Cosmopolitanism of Nations: Giuseppe Mazzini's Writings on Democracy, Nation Building*,

and International Relations. New Jersey: Princeton University Press. El capítulo introductorio, «Giuseppe Mazzini's International Political Thought», fue recuperado electrónicamente en <http://assets.press.princeton.edu/chapters/i9042.pdf>